

RELATOS NÁUTICOS

Tierra adentro, lejos del mar



Charles Lorente de Nó Casanova
Socio de Número 585 del CN Altea

Me pongo a rememorar, y compruebo con sorpresa que cuarenta años me separan de unos recuerdos que siguen tan vivos como si fuesen de ayer... debo estar haciéndome viejo, caramba.

Para mí el CNA es y ha sido siempre, un faro amigo, un refugio, un puerto seguro y un privilegiado lugar de encuentro para todos los nautas de bien. El Club siempre ha sido mi segunda casa...

Altea, Club Náutico, verano que del ochenta y pocos, yo tendría quince años y era el amo del Universo -me han pedido de redacción que sin florituras-. Peor para ellos.

Todo empezó en la escuela de vela en el puesto de la cruz roja, con Roberto, Pacorro y Tiste ejerciendo de severos maestros. Esos días de aprender la teoría antes de zarpar fueron claves para todo lo que vino después: millas y millas de mar bajo nuestras quillas, impulsados por la fuerza del viento podíamos arrumbar a cualquier lugar. Libertad total. Elige tu rumbo y destino, apareja y navega hacia el horizonte, que los vientos te sean propicios y tengas buena proa...

Recuerdo los Vaurien, la primera flota del Náutico, el Cristina, el Melocotón, el inefable Catesmil, el Jami... Reñidas competiciones en la bahía, rivales y amigos para siempre, aparentemente distantes por las mareas caprichosas que rigen los destinos de los navegantes... pero aún permanecen fieles a la llamada de su Club.

Los nombres de "mis" barcos de siempre son: la Pipa, la Golfa, el Vicrib, el D. Antonio, el Ondarreta, el Pete Pete, el Coll Vert, las Saetas y otros que me dejo sin querer en el tintero, como el Anadolu, o el Jaraco, y algún otro nombre ilustre que a vela iba; el Meles, el ArgatonIII y alguno más que aparecerá flotando en mi memoria... El Perdut, el azul y grácil Ana...



En cierta ocasión fuimos rescatados por unos desconocidos que casualmente pasaban por allí, fue la primera aventura con nuestro segundo barco, la Pipa III que afortunadamente sustituía al primer navío familiar, el Caparapiju, - repita eso por radio ¡tres veces...! -

Habíamos (mi padre, él solito) roto el sinfín de la dirección de la Tintorera y nos quedamos sin gobierno como a un cuarto de milla al sur de la Barra...

Mientras tanto, de vuelta de Calpe rumbo al Náutico, pasaba una flotilla que acudió al rescate... Eran el Vicrib, la Golfa y el Pete Pete. La conversación por radio sobre las señales necesarias para cortar correctamente el cable de remolque no podría reproducirlas con fidelidad pues la mayor parte de la transmisión era ahogada por las risas -Vicente, Rafa y Honorio- Así suceden las cosas.

Un principio prometedor que dio lugar a una memorable amistad entre las tripulaciones que aún hoy perdura.

Por aquel entonces la vela ligera se ubicaba en el varadero y usábamos la traicionera rampa contigua al travelift para zarpar y arribar. Se convirtió en punto de encuentro de una pandilla de lo más heterogénea con un punto en común: hambre de mar. Nos gustaba por encima de todo navegar en lo que se pusiera a nuestro alcance. Zodiacs, tablas de windsurf, Vauriens, cualquier cosa que flotase, en fin.

Esperábamos turno con paciencia y durante el entreacto, por así decir, ocupábamos nuestra espera en actividades de toda índole, como por ejemplo el salto con bicicleta por el extremo del muelle... Se elegía una bici vieja, su futuro era muy incierto y se ataba un cabo a ella, para poder recuperarla más tarde. Uno tomaba carrerilla por la estrecha y larga pasarela y gritando como un poseso se lanzaba al vacío al llegar al final, pues no convenía entrar en el agua agarrado a la bici, mejor cada uno por su lado... Al éxito por la practica...

Las heridas más graves se curaban en el puesto de la Cruz Roja, quemaduras, raspones, desolladuras y cortes; agua oxigenada y mercromina las más de las veces. Cuando lo pienso me sorprende que no nos pasara nada más grave. En las guerras entre zodiacs, por ejemplo, o cuando acelerábamos a tope para pasar bajo el muelle del Presidente, uno por encima (saltaba desde la proa en el momento oportuno) y el otro por debajo a toda castaña para llegar al encuentro en su justo momento. No teníamos miedo a hacernos daño ni nada de eso, lo que de verdad temíamos era que nos pillara Palillo.

Podría continuar...

Antes de despedirme quiero aprovechar la ocasión para felicitaros a todos, deseándoos una feliz Navidad y un próspero año nuevo, que ya va siendo hora, caramba.

Salud la Compañía.